

IN MEMORIAM

JOSÉ ARTIGAS Y SU TIEMPO

El pasado mes de abril nos ha dejado para siempre José Artigas Ramírez (1921-2001), figura destacada en las letras filosóficas españolas y en el pensamiento católico tradicional. Espíritu abierto, de pluma fácil, alegre y de ingenio agudísimo, Artigas formó parte, como yo mismo, de la generación universitaria inmediata a la guerra de España (entre 1939 y 1944). A la misma promoción de graduados en Filosofía pertenecieron, entre otros, Millán Puelles, Ángel González Álvarez, Raimundo Paniker, la doctora Romano, Salvador Mañero, Pareja...

Fue autor José Artigas de una importante monografía sobre Descartes —su tesis doctoral—, y colaboró ocasionalmente en *Verbo* y en otras varias revistas literarias y de pensamiento. En la década de los sesenta se da en el seno de la filosofía católica una controversia resonante sobre el orden político cristiano (sentido, alcance y legitimidad de este concepto). Esta polémica, que estaba en el meollo de lo que iba a ser el Concilio, dio lugar a varios importantes libros que jalonan un aspecto de la reviviscencia del modernismo religioso y de la resistencia al mismo. Entre sus autores polemistas, de una parte Maritain, Mounier, Eschmann; y de otra, De Koninck, Leopoldo Eulogio Palacios, entre otros. Había provocado esta polémica la tesis del filósofo francés Jacques Maritain en su libro *Humanismo Integral*, que propone, frente a la posición tradicional de la Iglesia, lo que él va a llamar el nuevo *Estado laico-cristiano*. Artigas, buen conocedor del alemán y del francés, tradujo en aquella ocasión el libro de Charles de Koninck *De la primacía del bien común*, esencial para la defensa de la tesis tradicional y la impugnación del "personalismo" liberal de Maritain. Con ello prestó un gran servicio al pensamiento católico español.

Espíritu polifacético, dedicó también Artigas parte de su inspiración a la literatura. Varias de sus novelas son colecciones de cuentos de ambientación en la época; en su estilo resalta la sobriedad de su línea argumental, a veces tan sutilmente esbozada que dejaba a la imaginación del lector parte del sentido último y del desenlace de la narración. También el humorismo formó parte de la inspiración de Artigas: su libro *El arte de llamarse Pepe*, con ilustraciones de Mingote, obtuvo resonante éxito. Sin embargo, su mismo polifacetismo creo que perjudicó a la fama que en justicia hubiera merecido su genio y su chispeante ingenio.

Es ocasión quizá para hacer una observación —creo que inédita— sobre la proporción universitaria a la que perteneció conmigo José Artigas. Fue, como dije, la primera de filosofía al término de la guerra (1939-44), y de ella he citado a varios de quienes la formamos. La obligación (o el gusto) en que muchos se sienten hoy de arrojar una pedrada con cualquier motivo sobre lo que llaman el "régimen franquista", ha hecho que, al historiar la filosofía contemporánea, se haya aludido a aquella promoción como el símbolo de una época retrógrada, de un tomismo extemporáneo. Por ejemplo, para exaltar la figura de un ilustre profesor de entonces se le ha atribuído falsamente el mérito de haber salvado algo de la filosofía "moderna" (léase del ámbito institucionalista u orteguiana) para aquella generación en la que "todo era escolástica" (supuestamente por imposición o inspiración superior) (1).

La ignorancia de la realidad que ese juicio revela se evidencia con una mera alusión a los profesores que en aquellos años enseñaron. Fueron éstos: García Morente, recién convertido a la fe y ordenado sacerdote, que no quiso cambiar sus programas de cursos y explicó principalmente la teoría de los valores de Max Scheler; Gil Fagoaga, de mentalidad schopenhauriana; Zaragüeta, que nos transmitía sobre todo su influencia bergsoniana; el P. Barbado, que explicaba Psicología Experimental, y el P. Bruno Ibeas,

(1) *Vid.* como ejemplo, conferencia de don Pedro Roche en la Casa de Aragón y en el Instituto Ramiro de Maeztu; esta última el 31 de enero de 2000.

que era agustiniano, sistema, como se sabe, en casi mil años anterior a la Escolástica. Es decir, que la Escolástica que renació en aquellos años lo hizo por el cauce lateral de nuestras lecturas en el neotomismo pujante a la sazón en Europa (Gredt, Gilson, Grabmann, Maritain...), pero no en absoluto por lo que —para bien o para mal— se nos enseñó en la Facultad de Madrid.

Artigas puede ser considerado en su memoria como exponente del espíritu amplio y equilibrado de aquella generación que mantuvo a la filosofía a la altura de su tiempo, sin menoscabo, en casi todos los casos, de su fidelidad a una fe religiosa y a una lealtad patria.

RAFAEL GAMBRA